

ANÁLISIS DE UN TEXTO ARGUMENTATIVO SOBRE LA EUTANASIA, DE MARIO VARGAS LLOSA

*Saniel E. Lozano Alvarado*¹

1. EL TEXTO

UNA MUERTE TAN DULCE

Mario Vargas Llosa

Luego de cuatro meses en los que fue absuelto, el Dr. Jack Kevorkian, de setenta años de edad, y que, según confesión propia, ha ayudado a morir a 130 enfermos terminales, ha sido condenado en su quinto proceso, por un tribunal del Estado norteamericano donde nació (Michigan), a una pena de entre diez y veinticinco años de prisión. En señal de protesta, el “Doctor Muerte”, como lo bautizó la prensa, se ha declarado en huelga de hambre. Por una curiosa coincidencia, el mismo día en que el Dr. Kevorkian dejaba de comer, el Estado de

¹ Editor científico de “Hampi Runa”. Director de “Rayuelo”, revista oficial de la Asociación Peruana de Literatura Infantil y Juvenil (APLIJ). Profesor de literatura en la Universidad Privada Antenor Orrego. Trujillo-Perú.

Michigan prohibía que las autoridades carcelarias alimentaran a la fuerza a los reclusos en huelga de hambre: deberán limitarse a explicar por escrito al huelguista las posibles consecuencias mortales de su decisión. Con impecable lógica, los abogados de Kevorkian preguntan si esta política oficial del Estado con los huelguistas de hambre no equivale a “asistir a los suicidas”, es decir, a practicar el delito por el que el célebre doctor se halla entre rejas.

Aunque había algo de macabro en sus apariciones televisivas, en su falta de humor, en su temática unidimensional, Jack Kevorkian es un auténtico héroe de nuestro tiempo, porque su cruzada a favor de la eutanasia ha contribuido a que este tema tabú salga de las catacumbas, salte a la luz pública y sea discutido en todo el mundo. Su “cruzada”, como él llamó, ha servido para que mucha gente abra los ojos sobre una monstruosa injusticia: que enfermos incurables, sometidos a padecimientos indecibles, que quisieran poner fin a una pesadilla que es su vida, sean obligados a seguir sufriendo por una legalidad que proclama una universal “obligación” de vivir”. Se trata, por supuesto, de un atropello intolerable a la soberanía individual y una intrusión del Estado reñida con un derecho humano básico. Decidir si uno quiere o no vivir (el problema primordial de la filosofía, escribió Camus en *El mito de Sísifo*) es algo absolutamente personal, una elección donde la libertad del individuo debería poder ejercitarse sin coerciones y ser rigurosamente respetada, un acto, por lo demás, cuyas consecuencias sólo atañen a quien lo ejecuta.

De hecho ocurre así, cuando quienes toman la decisión de poner fin a sus vidas son personas que pueden valerse por sí mismas y no necesitan ser “asistidas”. Esto es, quizás, lo más lamentable de la maraña de hipocresías, paradojas y prejuicios que rodean el debate sobre la eutanasia. La prohibición legal de matarse no ha impedido a un solo suicida dispararse un pistolazo, tomar estricnina o lanzarse al vacío cuando llegó a la conclusión de que no valía la pena continuar viviendo. Y ningún suicida frustrado ha ido a la cárcel por transgredir la

norma que obliga a los seres humanos a vivir. Sólo quienes no están en condiciones físicas de poder llevar a cabo su voluntad de morir –pacientes terminales reducidos a grados extremos de invalidez-, es decir, a quienes más tormento físico y anónimo acarrea la norma legal, se ven condenados a acatar la prohibición burocrática de morir por mano propia. Contra esta crueldad estúpida combatía desde hace tres décadas el Dr. Jack Kevorkian, a sabiendas de que tarde o temprano sería derrotado. Pero, incluso desde detrás de los barrotes, su caso sirve para demostrar que, en ciertos temas, como el de la eutanasia, la civilización occidental arrastra todavía –la culpa es de la religión, sempiterna adversaria de la libertad humana– un considerable lastre de barbarie. Porque no es menos inhumano privar de la muerte a quien lúcidamente la reclama ya que la vida se le vuelto un suplicio, que arrebatarse la existencia a quien quiere vivir.

Sin embargo, pese a la ciudadela de incompreensión y de ceguera que reina todavía en torno de la eutanasia, algunos pasos se van dando en buena dirección. Igual que en lo tocante a las drogas, los homosexuales o la integración social y política de las minorías inmigrantes, Holanda es el ejemplo más dinámico de una democracia liberal: un país que experimenta, renueva, ensaya nuevas fórmulas, y no teme jugar a fondo, en todos los órdenes sociales y culturales, la carta de la libertad.

Tengo siempre muy vivo en la memoria un documental televisivo holandés, que vi hace dos años, en Montecarlo, donde era jurado de un concurso de televisión. Fue, de lejos, la obra que más me impresionó, pero como el tema del documental hería frontalmente las convicciones religiosas de algunos de mis colegas, no pudimos premiarlo; sólo mencionarlo en el fallo final como un notable documento en el controvertido debate sobre la eutanasia.

Los personajes no eran actores, encarnaban sus propios roles. Al principio, un antiguo marino, que había administrado luego un

pequeño bar en Amsterdam y vivía solo con su esposa, visitaba a su médico para comunicarle que, dado el incremento continuo de los dolores que padecía debido a una enfermedad degenerativa incurable, había decidido acelerar su muerte. Venía a pedirle ayuda. ¿Podía prestársela? La película seguía con meticuloso detallismo todo el proceso que la legislación exigía para aquella muerte asistida: informar a las autoridades del Ministerio de Salud, someterse a una examen médico de otros facultativos que confirmara el diagnóstico de paciente terminal, y refrendar ante un funcionario de aquella entidad, que verificaba el buen estado de sus facultades mentales, su voluntad de morir. La muerte tiene lugar, al final, bajo la cámara filmadora, en la casa del enfermo, rodeado de su mujer y del médico que le administra la inyección letal. Durante el proceso, en todo momento, aun instantes previos al suicidio, el paciente se halla informado por su médico respecto a los avances de su enfermedad y consulta una y otra vez sobre la firmeza de su decisión. En el momento de mayor dramatismo del documental, el médico, al ponerle la última inyección, advierte al paciente que, si antes de perder el sentido, se arrepentía, podía indicárselo con el simple movimiento de un dedo, para suspender la operación e intentar reanimarlo.

Como este documental, que se ha difundido en algunos países europeos y prohibido en muchos más, provocando ruidosas polémicas, fue filmado con el consentimiento de los personajes y es promovido por asociaciones que defienden la eutanasia, se lo ha acusado de “propagandístico”, algo que sin duda lo es. Pero ello no le resta autenticidad ni poder de persuasión. Su gran mérito es mostrar cómo una sociedad civilizada puede ayudar a dar el paso definitivo a quien, por razones físicas y morales, ve en la muerte una forma de liberación, tomando al mismo tiempo todas las precauciones debidas para asegurarse de que ésta sea una decisión genuina, tomada en perfecto estado de lucidez. Y procurando aliviar, con ayuda de la ciencia, los traumas y desgarros del tránsito.

El horror a la muerte está profundamente anclado en la cultura occidental, debido sobre todo a la idea cristiana de la trascendencia y del castigo eterno que amenaza al pecador. A diferencia de lo que ocurre en ciertas culturas asiáticas, impregnadas por el budismo por ejemplo, donde la muerte aparece como una continuación de la vida, como una reencarnación en la que el ser cambia y se renueva pero no deja nunca de existir, la muerte en Occidente, significa la pérdida absoluta de la vida –la única vida comprobable y vivible a través del propio yo-, y su sustitución por una vaga, incierta, inmaterial vida de un alma cuya naturaleza e identidad resultan siempre escurridizas e inapresables para las facultades terrenales del más convencido creyente de la trascendencia. Por eso, la decisión de poner fin a la vida es la más grave y tremenda que puede tomar un ser humano. Muchas veces se adopta en un arrebato de irracionalidad, de confusión o desvarío, y no es entonces propiamente una elección, sino, en cierta forma, un accidente. Pero ése no es nunca el caso de un enfermo terminal, quien, precisamente por el estado de indefensión extrema en que se halla y la impotencia física en que su condición lo ha puesto, tiene tiempo, perspectiva y circunstancia sobradas para decidir con serenidad, sopesando su decisión, y no de manera irreflexiva. Para los 130 desdichados que, violando la ley, ayudó a morir, el Dr. Jack Kevorkian no fue el ángel de la muerte, sino de la compasión y la paz.

Madrid, abril de 1999

2. EL TEXTO ARGUMENTATIVO

De acuerdo a Milton Manayay, texto argumentativo “es aquel que plantea una idea (tesis) que es defendida con otras ideas (argumentos), para derivar o sintetizar otras ideas conclusivas (conclusiones). Se argumenta cuando se justifica o defiende, con razones erradas o no, una idea. Son textos argumentativos los ensayos, los editoriales de los diarios”.¹

3. MODELOS DE ANÁLISIS

No existe un solo modelo de análisis de textos argumentativos. Tres son los modelos más frecuentes: de Van Dijk, de Lo Cascio y de Toulmin. Aquí seguimos el modelo del segundo de los autores nombrados, quien reconoce las siguientes partes en los textos de esta clase:²

- a) **Tema o asunto**, sobre el que se organiza la argumentación.
- b) **Protagonista**, sujeto que quiere convencer a un interlocutor de la validez de su tesis.
- c) **Antagonista**, sujeto real o aparente, a quien se trata de convencer.
- d) **Razonamiento**, también llamado argumentación o fundamentación, que, propiamente, constituye la estructura argumental, formada por tres partes principales:
 - **Opinión**, constituida por la tesis o premisa a defender.
 - **Argumentos** o fundamentos, que son las justificaciones o razones en que se basa la tesis.
 - **Conclusión**, es decir, las derivaciones resultantes a partir de la justificación de la tesis.

Asimismo, antes del análisis hemos reproducido el texto “Una muerte tan dulce” del escritor peruano Mario Vargas Llosa.³

3.1. Tema. En el texto de Vargas Llosa se debate el problema de la eutanasia en los enfermos terminales y cuya opción defiende el autor a raíz de un caso producido en el estado norteamericano de Michigan, Estados Unidos de Norteamérica.

3.2. Estructura y organización del texto

El texto está compuesto de ocho párrafos dispuestos secuencialmente en la forma siguiente:

P1: El Dr. Jack Kevorkian ha sido condenado a una pena de cárcel de entre 10 a 25 años por haber ayudado a morir a 130 enfermos terminales en el estado de Michigan (USA).

- P2: Según el autor, el doctor Jack Kevorkian “es en realidad un auténtico héroe de nuestro tiempo” por haber evitado el dolor indecible de seguir viviendo a enfermos terminales; sin embargo la disposición legislativa del mencionado Estado norteamericano es un atropello a la libertad individual.
- P3: La prohibición de matarse no ha impedido los suicidios; además, en ciertos temas como la eutanasia, la civilización occidental arrastra “un considerable lastre”.
- P4: Pese a la incompreensión por esta actitud, en algunos países se van dando algunos avances en favor de la eutanasia; por ejemplo en Holanda, donde se producen evidentes avances en varios otros campos.
- P5: Proyección de un documental sobre un caso real de eutanasia en el que el autor participó como jurado.
- P6: Proceso detallado del caso real de eutanasia practicado a un marino acompañado de su esposa y asistido por el médico bajo los efectos de la proyección del film.
- P7: El documental enseña “cómo una sociedad civilizada puede asumir la eutanasia como una forma de liberación”.
- P8: El horror a la muerte está muy arraigado en occidente por influencia de la religión cristiana, a diferencia de las sociedades orientales, donde la muerte es considerada como una continuación de la vida. Por eso, la decisión de poner fin a la vida es la más grave y tremenda que puede tomar un ser humano”; por lo tanto, “el doctor Jack Kevorkian no fue el ángel de la muerte, sino de la compasión y la paz”.

4. PROPÓSITO

Convencer y persuadir a los lectores de la conveniencia de aplicar la eutanasia en los enfermos terminales que sufren dolores insoportables y para quienes es imposible la curación.

5. PROTAGONISTA

El escritor Mario Vargas Llosa en su faceta de ensayista, y quien pretende convencer a los lectores de la validez y conveniencia de la eutanasia.

6. ANTAGONISTAS

La legislación del Estado de Michigan, USA; las personas no partidarias de la eutanasia; y la iglesia cristiana.

7. FUNDAMENTACIÓN

- F1: Los enfermos terminales, que ya no tienen curación posible, sufren padecimientos insoportables.
- F2: La prohibición de la eutanasia es una intromisión del Estado en un derecho fundamental y básico: decidir si una persona quiere vivir o no debe ser una elección libre, personal, sin presiones.
- F3: Los suicidas frustrados no son condenados por atentar contra su vida.
- F4: La civilización occidental, al no permitir la eutanasia revela un “considerable lastre de barbarie”.
- F5: Holanda es un ejemplo muy elevado de democracia en varios aspectos: eutanasia, drogadicción, homosexualismo, etc.
- F6: El mérito del documental sobre la eutanasia, en un festival de cine en que el escritor Mario Vargas Llosa participó como jurado fue mostrar cómo una sociedad civilizada puede ayudar a quien ve en esa medida extrema “una forma de liberación” ante tanto tormento y sufrimiento.
- F7: El horror a la muerte en occidente se debe a la influencia del Cristianismo sobre el castigo eterno a los pecadores, a diferencia de las sociedades orientales, traspasadas del budismo, para las cuales la muerte es la continuación de la vida.

8. CONCLUSIÓN

Ante un asunto tan polémico, profundamente arraigado, especialmente en Occidente, por los argumentos expuestos, Mario Vargas Llosa se muestra como un convencido defensor de la eutanasia; por eso, para él, el médico norteamericano procesado y sentenciado a prisión no cometió ningún delito, sino alguien que, compadecido del dolor indecible de los enfermos terminales, es decir, sin curación posible, les ayudó a liberarse de la tortura que significa seguir viviendo. La afirmación de nuestro compatriota es contundente: “Jack Kevorkian no fue un asesino, sino un ángel de la compasión y la paz”. Además de los fundamentos sustentados, el autor revela el manejo de una lógica y razonamientos contundentes. Además, revela una amplia cultura y una destreza elevada en el manejo del lenguaje.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Manayay, Milton. **Leer y producir textos**. Lambayeque, Odar Editores EIRL, 2007, pp. 21 a 23.
2. Citado, por Manayar, M. pp. 24.
3. Vargas Llosa, Mario: **El lenguaje de la pasión**. Lima, PEISA, 2001, Pp. 236 a 240.